

LA ORGANIZACIÓN KA

NIEVES HERNÁNDEZ

ILUSTRACIONES DE
PEDRO ARAZOLA RUIZ



FREDO CACAHUETE

Un póster gigante del detective más famoso de todos los tiempos, Cacahuete Holmes, adorna la puerta de su cuarto. Holmes es para Fredo el mejor de los mejores. Único, inigualable, irreplicable, alucinante. Fredo conoce todos sus casos a la perfección. Por eso, y porque siempre está hablando de él, en el barrio le llaman Fredo Cacahuete.



Al igual que su admirado Cacahuete Holmes, el joven Fredo tiene un talento especial para rastrear pistas, para seguir a sospechosos y para descubrir descubrimientos nunca antes descubiertos por ningún descubridor.

En el mismo momento en que vino al mundo, demostró sus dotes para la investigación cuando dedujo, sin lugar a dudas, que esa señora tan guapa que le daba tantos besos era ni más ni menos que su propia madre. Y te preguntarás... ¿cómo es posible que un recién nacido pueda reconocer a su madre, en el mismo momento en que abre los ojos, si nunca antes la ha visto ni siquiera en foto? Pues muy sencillo, siguió la única pista que tenía: el cordón umbilical. Y al ver que al final de esa cuerda blandita se encontraba ella, dijo: “¡*Elemental, ésta es mi madre!*”. Pero lo dijo muy bajito, para no asustarla, porque no es normal que un niño tan pequeño sepa hablar, y la discreción es una virtud en un detective.

Según se hacía mayor, para perfeccionar su técnica, se vio obligado a cometer pequeños delitos de vez en cuando. Dejar caer canicas por el lavabo, cambiar la sal por el azúcar o apretar algún que otro botón de la lavadora, le permitía practicar y descubrir la respuesta

a preguntas como: ¿Cuándo, cómo y quién atascó el lavabo? ¿Por qué el cocido sabe a tarta de garbanzos? ¿Quién es el culpable de que la lavadora parezca una nave espacial en dirección a la luna?

Fredo sabe que no basta con su talento natural. Para llegar a ser tan bueno como su ídolo, debe trabajar mucho, ser constante, leer y no olvidar nunca cuáles son las cinco cualidades principales de un detective, según el gran Cacahuete Holmes:

“Imaginación, observación y paciencia, bastante morro y un poquito de decencia”.

Cualidades que intenta cultivar cada día, sobre todo la observación, verás por qué...



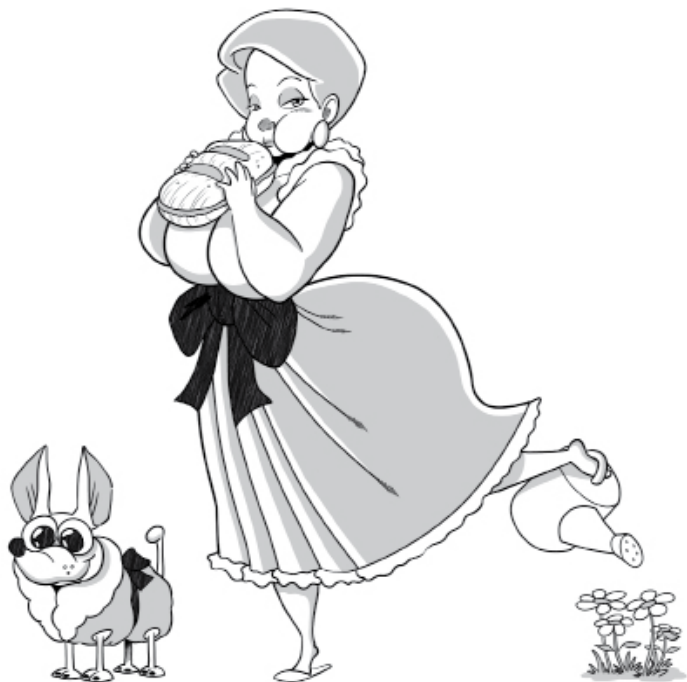
En su habitación ha situado su ordenador estratégicamente frente a la ventana para poder cotillear... es decir... observar, mientras escribe o juega con él.

En un archivo al que ha llamado “Expediente V” (la v quiere decir vecinos), tiene anotados todos los movimientos que, a través de la ventana, capta en el vecindario. Registra todos esos movimientos que siempre se repiten, de forma que si algún día ocurriera algo importante, un robo, un secuestro, ¡o incluso un crimen!, Fredo no tendría más que hojear el “Expediente V”, y enseguida se daría cuenta de quién se ha comportado de forma sospechosa. ¡Qué inteligencia la suya!

Por ejemplo: en la calle Torpedo, número 6, vive y come la señora Tragabollos. Su casa es la más repipi de todo el Barrio del Ajo, de toda la ciudad y de todo el continente. El jardín está tan lleno de geranios, violetas, tulipanes, madreselvas, margaritas y rosabellas, que es científicamente imposible plantar una sola florecilla más.

Tragabollos siempre abre su puerta sobre las 9:30 de la mañana y sale con Dolores. ¡No, no es que le duela nada! Es que así se llama su perrita argentina. Ambas, dueña y perrita, suelen vestir con una bata de colores, y a esas horas comen usualmente frijoles.

A las 9:45, Tragabollos se zampa un bocata de paté mientras riega las plantas con un pie (porque las manos las necesita para sujetar el bocata, claro).





Junto a la Sra. Tragabollos vive Pómez, en el número 9. Es un señor muy, pero que muy, limpio y relimpio. Le gusta que todo brille y reluzca. Riega el césped con agua enjabonada, por eso lo tiene tan blanco. Hace un par de días que Pómez no sale de casa. Es posible que tenga la gripe.

En la casa de al lado, en el número 11, vive el señor Ka. Todos le llaman “El Inglés” porque es un hombre serio pero educado, y además, nació en Inglaterra. Las madres del vecindario están enamoradas de él y eso que casi no le conocen. Sin embargo a los padres no les cae demasiado bien.

Del señor Ka es difícil tener datos, porque no suele repetir su comportamiento diario. El único dato remarcable es que recibe mucha correspondencia,



paquetes, cartas y cosas así, claro que como es inglés, seguramente se las envía su familia.

Nunca sale de casa a la misma hora. A decir verdad, ¡nunca sale de casa! ¿No te parece un poco raro?

ANIBALETE

El mejor amigo que un niño puede desear es sin duda Aníbal. Aníbal sabe cosas increíbles, como que un huevo de avestruz equivale a 24 de gallina, que parpadeamos 25 veces por minuto, que las ballenas prehistóricas tenían cuatro patas, que cuando estornudan los franceses dicen *achú*, los japoneses *cusshan* y los rusos *apchay*, o que en el Mar Muerto es imposible ahogarte, aunque no sepas nadar.

Y todo esto lo sabe porque le encantan esos programas que ponen por la tele: “El Mundo es Chachimarino”, “Naturaleza muy

Natural"... y porque le gusta leer cosas sobre el Universo, la Historia de los hombres, la Química, la Física, la Gominolística...

Todos los antepasados de Aníbal fueron personas ilustres: su tío-abuelo fue el inventor de las colchonetas de playa, la tatarabuela de su primo segundo dio la vuelta al mundo en triciclo a motor cuando sólo tenía 5 años y medio, y adivina quién fue el inventor de los bolígrafos para zurdos: el padre de la madre de su bisabuelo, Aníbal III.

El padre de Aníbal es actor.

¿Has visto la película *Vaqueros Lejanos*? Pues el vaquero que estaba más lejos era el padre de Aníbal. También actuó en *No llamen al doctor que el hombre ya se murió*, en la que hacía de enfermera (para lo cual se tuvo que afeitarse el bigote).

La madre de Aníbal se llama Elisa y tiene uno de los mejores oficios del mundo. ¡Claro, que ha estudiado muchísimo para conseguirlo! Elisa es probadora de galletas. ¿Has conocido alguna vez a un probador de

galletas profesional? ¡Pues es un trabajo estupendo! Todos los fabricantes de galletas mandan cajas de sus productos para que ella los pruebe: galletas de chocolate, de maíz y centeno, galletitas saladas, tortas de almendra... Elisa examina cada una de las galletas que le entregan y decide sobre asuntos de extremada importancia. Con sólo un mordisquito puede hacer un detallado análisis: demasiado dulce o falta de azúcar, demasiadas pasas o más arroz inflado... ¡Dicen que es una de las diez mejores profesionales en la materia!

Anibaleta tiene el récord de puntos en “Gusanotrox”, un videojuego muy divertido que tienen en los recreativos, en el que un gusano con dientes de vampiro sale a la ciudad en busca de víctimas a las que morder. Después las convierte, como por arte de magia, en gusanos más feos todavía que él. Un atrapagusanos debe capturarlo, lanzándole bolas de ajo antes de que sea demasiado tarde y la ciudad se haya convertido en un territorio dominado por babosas criaturas.

¡3.595 puntos y 6 medallas de oro son difíciles de superar!

¡Menuda pareja hacen Fredo y Aníbal! Siempre andan ideando planes y planificando ideas. Últimamente no dejan de pensar en el señor Ka. ¿Por qué recibe tantos paquetes? ¿Quién se los manda? ¿Qué contienen? ¿Por qué no se relaciona más con los vecinos? ¿Por qué casi nunca sale de casa? ¿No tiene que ir al trabajo? ¿Cuál es su profesión? ¿Prefiere sentarse en el lado de la ventanilla cuando viaja en tren?... Bueno, ésta pregunta es simple curiosidad y no viene mucho a cuento. ¿Acaso es un espía? ¿Tiene algo que esconder? ¿Por qué todas las madres se enamoran de él?



Cuando hay tantas preguntas sin resolver, Fredo no puede dormir. Hay que comenzar con el plan de espionaje.

Fredo decide mandar el siguiente mensaje de correo a través de su ordenador:

“Te espero mañana a las 9:00 en la Calle Torpedo, número 12, esquina con la Calle Albaricoque. Trae lo que tienes que traer. Y no te olvides de lo que tú ya sabes”.

A lo que un par de minutos después, Aníbal, contesta:

“Entendido, Cacahuete”.



EL PAQUETE

Fredo se ha despertado temprano, ha desayunado y ya se encuentra en el lugar de la cita esperando a su amigo.

—Por ahí viene —se dice Fredo a sí mismo.

A la altura del quiosco está Aníbal, que se dirige sonriente hacia Fredo. Lleva una mochila de los Pequetrompas al hombro. (Los Pequetrompas son una especie de elefantes Africanos que han desarrollado una gran capacidad para la lengua y las matemáticas. Salen a las 6 de la tarde todos los días en el canal Pequeños Monstruitos enseñando a los niños cómo es la letra A, cuántas manzanas hay aquí y dónde es arriba y dónde abajo).

Fredo le hace un gesto con la mano para que se dé prisa.

—Hola Fredo, ya estoy aquí —dice Aníbal, recuperando el aliento.

—¿Has traído el equipo? —pregunta él.



—Sí, aquí lo llevo todo —contesta Aníbal mostrando su mochila, orgulloso de haber cumplido su misión.

—Tío..., ¿una mochila de los Pequetrompas? ¡Creí haberte dicho que ésta era una misión seria!

—Ya... Pero es que la mía tiene la cremallera rota y he cogido la de Lalo. ¡En algún sitio tenía que meter las cosas! He preferido no traer la bolsa de piscina de mi madre, que era la otra opción —contesta Aníbal bastante avergonzado.

Lalo es el hermano pequeño de Aníbal. Ha nacido con el gen I.M. ¿Que qué quiere decir I.M.? Irremediablemente Malo. Es..., la otra parte de la familia de Aníbal.

Le han expulsado tres veces de la guardería. La primera, por intento de fuga con violencia. La segunda, por castigar a la profesora sin recreo de cara a la pared. Y la tercera, por

contar a los niños de su clase que era pariente directo del Rey y que por lo tanto debían hacer una reverencia cuando él apareciera.

—Bueno, da igual. Lo importante es que esté todo lo necesario —dice

Fredo mientras abre la mochila para comprobar que no falta nada.

—Lupa, guantes, cuerda, libreta y lápiz.

¡Perfecto! —exclama felicitando a Aníbal —pero... ¿y la cinta adhesiva?



—La llevo en el bolsillo —dice Aníbal mientras introduce su mano en el pantalón para buscarla.

—Bien. Comienza la Operación Correo. Te explicaré cuál es el plan.

A Aníbal se le iluminan los ojos cada vez que Fredo explica uno de sus planes. Escucha con atención y con gran curiosidad. Quiere saber cuál es el motivo por el que su amigo Cacahuete le ha pedido todas esas cosas que lleva en la mochila.

—Todos los días el señor Ka recibe correo y, en ocasiones, por la mañana y por la tarde, lo cual no me parece muy normal —expone Fredo.

—¡A mí tampoco! —contesta Aníbal.

—Ya sé que no se debe vulnerar la intimidad de las personas...

—No se debe, Fredo —asiente Aníbal.

—Y la correspondencia es siempre privada...

—Lo sé —dice Aníbal.

—Pero ¿qué me dirías si el señor Ka estuviera ocultando algo? ¿Y si fuera un despiadado espía en busca de información

sobre nuestros vecinos, sobre nuestros amigos o sobre nuestras madres?

—¿Sobre nuestras madres? ¿Le crees capaz? —pregunta Aníbal boquiabierto.

—¡Incluso sobre nuestras abuelas!

—¡Ah no! —exclama Aníbal enfadado—. ¡Eso sí que no! ¡Debemos hacer algo al respecto!

—Eso es lo que intentaba decirte, Aníbal. Esperaremos en esta esquina la llegada del cartero, procurando que nadie nos vea. Cuando llegue, yo le distraeré, mientras tú, por detrás, pegas la cuerda al paquete con un poco de cinta adhesiva. ¿De acuerdo?

—Sí... —dice Aníbal un poco dubitativo—. Pero... ¿Y si se da cuenta?

—Si lo haces con mucho cuidado, no se dará cuenta. Yo intentaré distraerle lo suficiente como para que te dé tiempo de sobra.

—Entendido —dice Aníbal, afrontando su responsabilidad.

—Una vez que hayas colocado la cuerda nos situaremos detrás de esos matorrales, y cuando el cartero coloque el paquete frente

a la puerta del señor Ka y se haya marchado, ¡ZAS! tiraremos de la cuerda y nos haremos con él.

—¡Un momento! —exclama Aníbal—. ¿Y por qué crees que lo dejará en el suelo y no en el buzón?

Fredo le explica a su amigo:

—La mayoría de los paquetes que recibe el señor Ka son demasiado grandes como para meterlos en el buzón. He observado que el cartero siempre los deja frente a su puerta.

—¿Y para qué sirven los guantes? —pregunta Aníbal.

—Más tarde te lo cuento ¡Ahí está el cartero! Prepárate Aníbal, todo debe salir bien.

El corazón de Aníbal late a mil por hora. Pega un trozo de cinta adhesiva en la cuerda y espera a que Fredo empiece a entretener al cartero para poder pegar la cuerda en el paquete.

Fredo comienza su actuación. Se acerca al cartero y le dice muy seguro de sí mismo:

—Robaron dos bicicletas.

—¿Cómo dices, niño? —pregunta el cartero extrañado.

—Ayer, por la tarde, robaron dos bicicletas muy cerca de aquí.

—Ya. ¿Y qué tengo yo que ver con ese asunto?

—Ya que usted viene todos los días, pudo haber visto algo.

—¡Ah, es eso! Pues no he visto a ningún ladrón de bicicletas últimamente.

El cartero se vuelve para seguir con su trabajo.

Fredo se da cuenta de que Aníbal aún no ha conseguido su objetivo, y reacciona.

—¡Espere! Aunque no viera el robo, pudo ver algo sospechoso, algo que no ocurra todos los días. Un pequeño detalle a veces es fundamental para dar con la respuesta. Si piensa un poco...

—Bueno... quizás sí vi algo...

Ante la sorpresa de Fredo, el cartero parece que tiene algo que decir sobre el robo de unas bicicletas que nunca ocurrió.

—Pero no fue ayer, sino hace un par de días —continúa el cartero haciendo memoria—. Vi una furgoneta roja aparcada frente al número 9 de esta calle. Y más tarde, a unos hombres metiendo en ella un bulto bastante grande. A lo mejor era una bicicleta, no sé... Fuese lo que fuese, iba envuelto en una manta. Lo más probable es que se tratara de un mueble y estuvieran haciendo mudanza.

—¿En el número 9? —pregunta Fredo, dándose cuenta de que se trata de la casa del señor Pómez—. ¿Y qué pinta tenían esos hombres? ¿No eran del barrio? ¿Los había visto antes?

La emoción por saber más provoca en Fredo una cascada de preguntas que agobian al testigo. Éste intenta zanjar la conversación.

—Eran dos hombres e iban con un perro. La furgoneta tenía una letra negra... creo que una K. Y eso es todo lo que te puedo decir. Ahora tengo que seguir con mi trabajo.

Fredo se ha inventado la historia de unas bicicletas robadas para captar la atención del

cartero, y de pronto se encuentra ante el que puede ser el mejor caso ocurrido nunca en el Barrio del Ajo.

¡Una furgoneta roja! ¡Dos hombres trasladando un bulto envuelto en una manta! ¡El señor Pómez lleva dos días sin salir de casa! Las ideas se enlazan en la cabeza de Fredo dando lugar a un sin fin de conjeturas...



De pronto, Cacahuete vuelve en sí. Han pasado tan sólo unos segundos, y el cartero ya camina calle abajo. ¿Qué ha pasado con el plan del paquete? ¿Acaso ya ha sido entregado? Fredo mira hacia el jardín del señor Ka. Sobre

el césped, un gran paquete marrón se arrastra en dirección al escondite de su amigo.

Fredo se dirige hacia los matorrales intentando disimular. Repentinamente, se agacha ocultándose tras ellos. Allí, Aníbal, sentado en un rincón, sujeta una cuerda. Cacahuete le ayuda a dar un último tirón.

—¡Ya es nuestro! —dice Aníbal.

—¡Lo has hecho genial! —contesta su amigo.

